

# El zapatazo

PILAR RAHOLA

LA VANGUARDIA, 16.12.08

Sin estar de acuerdo con ningún tipo de violencia, ni tan sólo la de baja intensidad, no puedo evitar sentir simpatía por los zapatazos fallidos que recibió, con audiencia planetaria, el presidente George W. Bush. En un país donde la violencia sacude sus entrañas día tras día, y cualquier conflicto se dirime a bombazos, que un periodista tire sus zapatos en señal de protesta parece casi infantil. Y, en cualquier caso, resulta totalmente inofensivo.

Es cierto que la libertad de expresión no ampara los gestos de intolerancia, y que un zapatazo mal dado es tan peligroso como los pequeños patitos de ónix que tuve que dejar en un aeropuerto de Perú, porque podían ser usados "como peligrosas armas". En los tiempos de las armas de destrucción masiva virtuales, hasta un patito está bajo sospecha. Pero, a pesar de todo, un zapato sólo es un zapato, y el gesto del periodista lo tiene todo de protesta simbólica, y nada de agresión violenta. Y hay que reconocer que el objeto de deseo del zapato, el señor George W. Bush, ha hecho acopio de méritos para merecer la zapatería entera. No resulta extraño, pues, que más de cien abogados árabes se hayan prestado, raudos, a defender al acusado de la agresión, el periodista del canal suní Al Bagdadia Muntazer al Ziadi, que, según algunas fuentes, estuvo secuestrado durante una semana en el 2007. De hecho, y sin caer en el extremo de considerarlo un héroe como intentan pomposamente algunos, sí que es cierto que Al Ziadi ha conseguido crear la metáfora más certera del final de la era Bush. Al peor presidente de la historia de Estados Unidos lo despide un sonoro zapatazo. Nada más

sencillo y, a la vez, nada más brutal. Leo en algunos periódicos que "tirar un zapato es, para los musulmanes, el peor acto de ofensa", pero lo desmiente el corresponsal de Al Yazira en España, Aiman Zoubir: "No es un insulto especial. Sólo es la única pieza de ropa que puedes lanzarle a alguien". Es decir, que ni tan sólo se trata de alguna acción cultural o religiosa de carácter simbólico, sino sencillamente de la expresión pública y rotunda de un hartazgo cósmico. Una despedida, pues, a la altura del personaje despedido.

¿A la altura? La verdad es que es muy difícil bajar a la altura de la herencia que deja George W. Bush en Iraq. Casi 700.000 muertos iraquíes, más de dos millones de desplazados y alrededor de 3.500 soldados caídos, miembros de los distintos ejércitos extranjeros en la zona, suponen un saldo estremecedor. A diferencia de muchos de mis colegas, que despreciaron el impacto brutal del 11-S en la sociedad norteamericana, y consideraron la guerra de Iraq un mero y sórdido negocio, yo sí que creo que la guerra fue la consecuencia violenta del atentado terrorista más importante de la historia de Estados Unidos. No olvidemos que la inmensa mayoría de los norteamericanos (incluyendo las dos cámaras de representación) estuvieron a favor de dicha guerra.

Sin embargo, también es cierto que la guerra usó el atentado para dirimir otras cuestiones hirientes en la zona, que se mintió en todos los informes, que se ninguneó a los distintos estamentos internacionales, que se vendió un peligro inexistente y, sobre todo, que fue dirigida por los líderes más oscuros de la Administración Bush, con Donald Henry Rumsfeld a la cabeza del siniestro batallón. Lo que se vendió, por tanto, como un acto desesperado de legítima defensa, con el trío de las Azores inmortalizando su careto para la historia, ni fue legítimo, ni sirvió para

ninguna defensa. Por supuesto, Sadam Husein era un dictador despiadado y cruento, pero no más que otros dictadores despiadados - y aliados nuestros-que abundan en la zona, y su desaparición no ha dejado un país más seguro. Lo que ha dejado, de momento, es un cementerio más lleno. Por eso el zapatazo de Al Ziadi no ha sido sólo un gesto de protesta. Ha sido la incisiva metáfora de un rotundo, definitivo y punzante hartazgo colectivo.